

EXTINCI

Y REST

PERCIMI

DI SA

COMP AÑA

DE JESUS

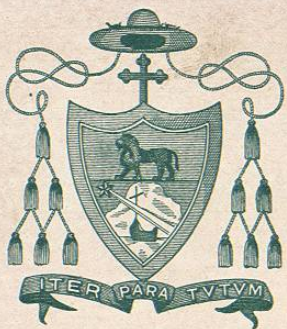
1

BX3706

Z3

v.1

005754



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080016485

P. ANTONIO ZARANDONA, de la Compañía de Jesús.

HISTORIA

DE LA

EXTINCIÓN Y RESTABLECIMIENTO

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

brevemente anotada y aumentada

por el P. Ricardo Cappa, S. J.

TOMO I

Con las licencias necesarias

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
Biblioteca Valverde y...

MADRID.—1890

IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

8, Pontejos, 8



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

FONDO EMPLEADO
DE A LETTER
42798

BX3706

Z3

v.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



El Padre Antonio Zarandona, autor de la obra que hoy por vez primera sale á luz, nació en la villa de Bilbao el 13 de Junio de 1804.

Dedicado al comercio en su país natal, conoció y temió los peligros del mundo, y los afanes de la vida para lograr negocios ventajosos, con lo cual, solicitado ya de antes con las insinuaciones de la gracia, determinó apartarse totalmente del tráfico mercantil y acogerse al estado religioso recién cumplidos los veinticuatro años de su edad.

El corto periodo de paz que disfrutó la Compañía en España desde su restablecimiento hasta 1834, la empezó á repóner de las pérdidas de sujetos que el tiempo le había ocasionado durante su larga expatriación.

Entre los que en ella se alistaron el año de 1828 figuraba nuestro autor, que empezó

005754

su noviciado en lo que hoy es Universidad Central en esta corte de Madrid.

La escasez de sujetos y las multiplicadas atenciones á que se hizo forzoso atender antes del fallecimiento del Sr. D. Fernando VII, obligaron á los Superiores á servirse al punto del Hermano Zarandona para la enseñanza en el Colegio de Nobles, donde le cogieron los lamentables sucesos del 16 de Julio de 1834.

El huracán revolucionario que en esta fecha se desencadenó en España contra las Ordenes religiosas arrojó al autor primero á Zaragoza, donde en medio de la tormenta se ordenó de sacerdote, y luego á la capital de la vecina Francia casi por dos años.

Aire-sur-l'Adour, Sede episcopal cercana al Pirineo, le dió albergue después de París y Bayona, desde 1843 á 1850, fecha en que, tomando otro sesgo las cosas de España, pudo entrar en ella y encargarse, á su regreso en 1852, de los asuntos propios de Procurador de la Compañía para las misiones de Ultramar.

Por treinta años consecutivos vivió desde esta fecha en Madrid, y todos ellos ocupado en el exactísimo cumplimiento de su cargo y en la dirección de las almas.

Fué, como Procurador, aceptísimo á cuantos hombres políticos tuvo que tratar hasta 1882, tanto cuando los asuntos de Ultramar

corrían á cargo del ministerio de Fomento, como cuando, separados de éste por la erección del nuevo de Ultramar, tuvo que ventilar en ambos los asuntos de la Compañía en las Antillas é islas Filipinas.

Desde los hombres de ideas más templadas hasta los que las manifestaron de un rojo bien subido, los monárquicos como los republicanos, hallaron en el P. Antonio Zarandona tanta moderación y cordura en las peticiones, tanta prudencia y afabilidad en expresarlas, tan respetuoso decoro y tal acento de verdad en responder á las objeciones que alguna vez se le hicieran, que todo cedía ante el irresistible atractivo de que Dios le había dotado.

Es verdad que todo en él predisponía en su favor. Porque mucho antes de la edad en que el tiempo va manifestando sus estragos mudando en blanco el nativo color de los cabellos, teníalos completamente plateados, realizándole con este marco las facciones del rostro, naturalmente delicadas y candorosas en extremo.

Sus ademanes eran pausados sin afectación, y en la conversación familiar sincero y ameno, aunque no abundante de palabras.

Al confesonario fué tan asiduo como se lo permitieron sus ocupaciones; raro era el día que faltaba á él, y raro también el que le llevaba tiempo considerable. Porque la natural

tranquilidad de su espíritu y carácter, poco ó nada entusiasta por las personas de natural demasiado vivo, le iban sin violencia segregando de su dirección las que no se avenían bien á un tenor de vida tranquilo y retirado del tráfico y bullicio que el mundo exige á los que le buscan.

Las personas de elevada posición social en cuyas almas imprimió el apego á una vida dulce, modesta y enemiga de superfluidades, fueron muchas; la práctica constante de la virtud y un carácter igual en todas las vicisitudes de la vida, que fué la divisa de este siervo del Señor, se reflejaba en cuantas personas dirigió por algún tiempo.

En este núcleo de personas acomodadas, modestas y piadosas, hallaba siempre recursos para toda obra de verdadera caridad y aun en otras que nunca dirigió. Ayudó así á multitud de jóvenes á completar sus dotes para poder abrazar la vida religiosa; socorrió innumerables necesidades de personas que, habiendo disfrutado de vida desahogada, la repentina mudanza de los tiempos las había abismado en un mar de sufrimientos y escaseces; colocó en casas cristianas no pocas jóvenes de buenas familias que la orfandad tenía reducidas á situación muy precaria, y todo sin precipitación ni enfadosa negligencia.

Era de admirable paciencia en oír las largas relaciones que le hacían de sus cuitas los que á él acudían para remedio de ellas, y seguía á la letra la bellísima sentencia de San Francisco de Sales, que era mejor ser engañado que exponerse á dejar sin socorro una necesidad verdadera,

El amor que profesó á la Compañía los cincuenta y cuatro años que vivió en ella quiso como reconcentrarlo en esta obra, que le ocupó no pocos, recogiendo asiduamente cuantos datos en ella hay, y á cuya composición, aumento y lima dedicaba indefectiblemente una hora cada tarde.

Era el único tiempo en que mostraba algún ligero disgusto si se le interrumpía; nadie supo en tantos años cuál era el empleo de aquella hora tan fija y predilecta.

No hay pluma, á la verdad, que mejor retrate su alma que estas páginas; cuando el sinúmero de injusticias é iniquidades que en ellas relata y prueba lo enardecen, hace un supremo esfuerzo para airarse. Sin embargo, no le faltan rasgos de verdadera elocuencia que embellecen el estilo sencillo y desapasionado de la obra.

Sólo en la hora de la muerte manifestó su trabajo, y hoy sale á luz para común provecho de amigos y enemigos.

Encargado de la publicación de esta obra,

le he añadido, á más de algunas notas aclaratorias ó supletorias, un apéndice y todo el *Artículo adicional* del tomo II para que en ella no faltara algo siquiera concerniente al extrañamiento de la Compañía en nuestras antiguas posesiones de Ultramar.

Madrid 1.º de Noviembre de 1890.

RICARDO CAPPÀ, S. J.



PRÓLOGO

ANTES de llegar á la época en que Clemente XIV extinguió la Compañía de Jesús, debemos hacer la relación de la persecución y supresión que dicha Compañía sufrió en otros estados de Europa; porque estas supresiones parciales están íntimamente enlazadas con aquella general.

No vamos á entrar en polémicas, tantas veces renovadas, ni á hacer una apología de la Compañía de Jesús, sino una exposición fiel, sencilla é imparcial de los hechos que concurrieron á su persecución y extinción.

En ella se verá que la Compañía ha sido muchas veces condenada, pero nun-

ca legalmente juzgada; y se verá también que la falta de estudio de esta parte de la historia ha hecho que muchos cayesen en errores con perjuicio de la misma Compañía. Citaremos á este propósito las palabras de un orador moderno en la Cámara de los Pares de Francia el día 8 de Mayo de 1844.

«Yo también, dice, he tenido necesidad de convertirme á los jesuítas... Lo que me afiona á ellos es el odio violento que inspiran á todos los enemigos de la Iglesia. No quiero afirmar que los adversarios de los jesuítas sean todos enemigos de la Iglesia; pero no vacilo en decir que los enemigos de la Iglesia son siempre y ante todo adversarios de los jesuítas. Sobre ellos descargan siempre los primeros golpes, y esto es lo que les recomienda al aprecio y á la confianza de los católicos, como una vanguardia y un cuerpo de preferencia de la Iglesia. Los más sinceros de nuestros adversarios lo han confesado francamente...

»Pero cuando he entrado en la práctica de las cosas; cuando he visto en el

mundo y en la historia que en todos los países, desde el Paraguay hasta la Siberia, todos los perseguidores de la Iglesia, desde el marqués de Pombal hasta el emperador de Rusia; todos los grados del error, desde el ateísmo hasta el jansenismo, estaban de acuerdo contra los jesuítas, conspiraban juntos y por todas partes á su ruina y proscripción; cuando he observado en las luchas religiosas de nuestros días los mismos síntomas en menor escala ¡oh! me he dicho á mí mismo: es preciso que haya en estos hombres algo de sagrado y de misterioso que explique y motive esta maravillosa unión de enemistades tan diversas; es necesario que haya en este instinto del odio, siempre tan perspicaz, algo que indique que por ahí se llega al corazón mismo de la Iglesia. He aquí por qué me he hecho partidario y admirador de los jesuítas, después de haber sido su adversario. Y gracias al cielo, no soy el único que haya seguido este camino...» Así hablaba el Conde de Montalambert.

A este testimonio de un Par de Fran-

cia, podemos añadir el de un personaje español, que ha sido varias veces Diputado, Ministro de la Corona y Embajador; el cual, hablando en cierta ocasión con el mismo que escribe estas líneas, le dijo las siguientes palabras: «Yo he estudiado la cuestión de los jesuitas, y me he convencido de que las acusaciones con que les han acriminado en Europa y en América son una pura calumnia (1).»

Todo hombre reflexivo y prudente que camina de buena fe, antes de formar su juicio sobre un hecho que se discute, examina y estudia las razones que militan en pro y en contra del mismo hecho. Y ciertamente el estudio de esta parte de la historia convencerá que la destrucción de los jesuitas en el siglo pasado fué principalmente obra de la incredulidad. Para convencerse de esto, bastaría ver la correspondencia mutua de Voltaire, d'Alembert y demás jefes de un filosofismo impio, que pretendían destruir el Catolicismo empezando por la Compañía de Jesús, á

(1) D. Pedro Pidal, Marqués de Pidal.

la que miraban como un fuerte antemural contra su desdichado proyecto. Estudiada así, de buena fe, esta parte de la historia, hará conocer que la referida destrucción fué contra la justicia, contra la verdad y contra los fueros de la humanidad.



(1) D. Pedro Pidal, Marqués de Pidal.